

SCHERZO

—oOo—

Los embozados siguieron silenciosamente: uno detras de otro, hasta llegar a los tapias del cementerio.

Allí, el primero arrojó su capa blanca, que cayó al suelo, sobre cuyo verde oscuro se destacaba, con la triste valentía de la silueta de un sudario.

El segundo hizo lo mismo y los dos quedaron en ropilla y gregüescos.

Los sombreros de anchas álas que les cubrían el semblante, no permitían ver sus facciones; pero el tinte entero y fresco de sus voces, hacía comprender que estaban en la plenitud de la vida.

—Ya hemos llegado, dijo al cabo de unos minutos de silencio, el segundo de los desconocidos.

—Me place el sitio, respondió el otro.

—Pues no perdamos el tiempo.

—No teneis que enseñarme mis deberes.

—No, tal, vuestros *pagarés* son los que voy a mostraros; diómelos el judío Ebrahim por treinta pistolas.

—Nunca creí que tanto valiera mi firma.

—Acabemos, que la mañana se acerca y estos asuntos huyen a la luz del sol.

—Ya veis hace rato aguardo vuestras órdenes.

—Pues hablen los aceros.

Y diciendo esto, tiró de tizona descomunal, cuya punta puso ante los ojos de su contrario. Este dió un salto atrás y...

Con profunda sorpresa para su contrincante, desapareció como si la tierra se lo hubiese tragado.

Una nube intempestiva, envolvió al astro de la noche en sus gasas y el lugar del lance quedó oscuro como boca de lobo.

—Capitán... Capitán ¿estais ahí? Preguntó tembloroso por la emoción, el que sobre tierra quedara.

El silencio mas absoluto respondió a sus preguntas.

Continuó acercándose, hasta que sus piés tropezaron con una recortadura de terreno.

Era el principio de una sima a la que llamaban en el pueblo *La boca de la vieja*.

—¡Pobre capitán! ¡Dios te haya perdonado! Dijo, y envainando filcsóficamente su espada, se acercó a recojer la capa.

Sobre ésta había un objeto.

Era la cartera de su contrario.

Abrióla por curiosidad y encontró en ella lo que más pod'a ambicionar.

Recordarán nuestros lectores que el desgraciado capitán había dicho que él pidió a Ebrahim le vendiera todos los pagarés de su contrario por treinta pistolas.

Pues bien, dentro de la cartera abandonada sobre la capa blanca, que yacia en el suelo, encontró nuestro desconocido y superviviente héroe...

Lo que hace tiempo andamos buscando todos sin dar con ello nunca.

¡Un billete de la Lotería filipina!

AQUILES FONTAN.

Para los Acontecimientos Grandes y
las Fiestas de Trascendencia cuyo
Recuerdo Desea Usted
que jamás se olvida.

Nada hay como la FOTOGRAFIA

LLAME AL TELEFONO

2-16-90

ANGEL OVEJAS

FOTOGRAFO COMERCIAL

AVENIDA RIZAL, 894

MANILA, I. F.